

Resurrección y renovación

1. El origen de la renovación

Hemos expresado el tema del Curso en línea de este año de una manera un tanto amplia: «**Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5) – ¿Cómo puede Cristo renovarlo todo, y cómo nos abrimos a esta renovación de nuestra vida monástica?**

Y hemos añadido una explicación de este tema: «Con este tema nos interrogamos sobre la verdad de nuestra vocación —*ad quid venisti?*— para ser verdaderamente discípulos de Cristo: “Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” (Jn 8,31-32)»

Cuando se aborda un tema de manera general, la razón es, ante todo, la conciencia de que, para nosotros, ese tema es más una pregunta que una respuesta ya encontrada, es más una búsqueda que la pretensión de poseer ya la solución. Nos gustaría que este curso nos ayudara, en primer lugar, a poner de relieve una necesidad que todos sentimos, en nuestras comunidades y ante situaciones y decisiones que a menudo nos perturban y desorientan. A partir de diversas situaciones un tanto absurdas en la vida de la Orden, junto con los miembros del Consejo del abad general hemos comprendido que es verdaderamente urgente plantearnos juntos preguntas fundamentales sobre nuestra vocación, para afrontar con lucidez la fragilidad generalizada, pero también para sostener todos los gérmenes de bien y de vida que siempre están ahí, a veces evidentes y luminosos, pero a menudo ocultos y que no se manifiestan con la evidencia y el ruido con que se manifiestan los problemas, las dificultades y el mal.

Evidentemente, todo esto no es un problema interno de nuestra Orden o de nuestras Órdenes y Congregaciones, ni tampoco un problema exclusivo de la Iglesia. Se trata de una situación trascendental y global que nos interroga y nos interpela a todos. Por eso hemos solicitado la ayuda de dos profesores a quienes ya agradecemos su disponibilidad: el P. Carlo Casalone SJ, que nos ayudará a profundizar en el desafío antropológico y espiritual que plantean las nuevas tecnologías, y la Dra. Nina Heereman, biblista, que nos ayudará a profundizar en las raíces bíblicas y místicas de nuestra vocación meditando sobre el Cantar de los Cantares.

Mi tarea consiste en comenzar cada día de nuestro curso con un breve capítulo que profundice en el tema, partiendo sobre todo de la Regla de San Benito y de nuestra experiencia y tradición monásticas. Me interesa especialmente profundizar con vosotros en la pregunta «*ad quid venisti?*», la pregunta que San Bernardo, desde su ingreso en el noviciado, se planteaba para volver siempre al principio, a la fuente de su vocación, como si para renovarse hubiera que empezar siempre de nuevo, como si siempre se necesitara un nuevo comienzo.

Sin duda, cuando se planteaba esta pregunta, san Bernardo tenía en mente tanto el pasaje del Evangelio en el que Jesús se la formula a Judas, como el pasaje de la Regla de san Benito que cita esta frase de Jesús para recordar a los sacerdotes que solicitan ingresar en el monasterio que no pretendan eludir las exigencias de la vida monástica. Meditemos, pues, ante todo sobre estos dos textos, en el capítulo 26 del Evangelio según San Mateo y en el capítulo 60 de la Regla de San Benito.

En el pasaje de Mateo nos encontramos en Getsemaní. Jesús acaba de llamar a tres de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan, para que lo sigan y estén a su lado mientras vive su agonía espiritual, que también afecta a su cuerpo hasta el punto de hacerle sudar sangre. «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo» (Mt 26,38). Es como si los llamara a seguirlo tan de cerca que estuvieran con su alma, para hacerle compañía en la profunda tristeza del alma, tan profunda que Jesús la define como «hasta la muerte».

Cuando hice mi profesión solemne en 1989, puse en la imagen conmemorativa precisamente esta frase de Jesús: «Quedaos aquí y velad conmigo», porque comprendía que describe el corazón de la vocación monástica: se trata, en efecto, de vincularse a un lugar, a una comunidad, con nuestro voto de estabilidad, para «quedarnos», para «morar» hasta la muerte allí donde el Señor reza y se ofrece al Padre, velando con Él en comunión de amor.

El Getsemaní siempre fue para Jesús y sus discípulos el jardín reservado a la oración, a la intimidad con Dios y a su comunión fraterna en el silencio y la meditación. Allí se retiraba Jesús, lejos de las multitudes, para descansar en el Padre junto con los discípulos. Era, en cierto modo, su monasterio cenobítico. Si al principio de su ministerio Jesús se alejaba también de los discípulos para orar al Padre por la noche y en lugares desiertos, con el tiempo, tal vez después de que un discípulo le pidiera finalmente a Jesús que les enseñara a orar (cf. Lc 11,1), Jesús optó, al menos cuando se encontraba en Jerusalén, por compartir estos retiros con los discípulos y también el lugar donde le gustaba retirarse. Quizás se pueda decir que en el Huerto de los Olivos comenzó la vida monástica cristiana, el vivir juntos para unirnos a la oración de Jesucristo.

Pero también por eso Judas conocía aquel lugar y sabía que Jesús estaría allí esa noche, indefenso y rodeado únicamente de sus discípulos. Era, por tanto, el lugar más adecuado para capturarlo. San Juan comienza su relato de la Pasión precisamente diciendo esto: «Judas, el que lo iba a entregar, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos» (Jn 18,2).

Es en este contexto, pues, donde podemos comprender el sentido de las palabras de Jesús cuando recibe el beso de Judas, que lo traiciona: «*Amice, ad quid venisti?* - Amigo, ¿a qué vienes?» (Mt 26,50). En las versiones actuales hay varias traducciones de esta palabra de Jesús. Nosotros tomamos la traducción que san Benito retomó de la Vulgata: «Amigo, ¿por qué has venido?».

En estas palabras de Jesús a Judas hay algunos elementos sobre los que conviene reflexionar. En primer lugar, el epíteto de «amigo». El término griego *hetairos* solo lo utiliza Mateo en el Nuevo Testamento, en cuatro pasajes de su Evangelio que vale la pena examinar brevemente.

En la parábola de los labradores a los que un señor llama a diferentes horas del día para trabajar en su viña, cuando llega la noche y tiene que pagarles, da a todos el mismo salario, incluso a quien solo ha trabajado una hora. Los que han trabajado todo el día murmuran descontentos. El dueño responde a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?” (Mt 20,13-15)

En la parábola del rey que invita a la boda de su hijo, en Mateo 22, los primeros invitados no quieren acudir, e incluso maltratan y matan a los siervos que los invitan en nombre del rey. Al final, el rey ordena que se invite a todos aquellos que los siervos encuentren por la calle, sin importar si son buenos o malos, hasta llenar el salón. Cuando el rey va a ver a los comensales, encuentra a uno que no lleva el traje de boda. El rey le dijo: «“Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda?”. El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los servidores: “Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes”. Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos.”» (Mt 22,12-14)

Observemos que, en ambos casos, el título de «amigo» no corresponde a un vínculo de amistad o de afecto personal. Se trata más bien de un término con el que un superior le recuerda a un subordinado que la relación con él, nacida por iniciativa propia —como darle trabajo cuando está desempleado o invitarlo a la boda de su hijo sin que tenga derecho a ello—, tiene unas reglas establecidas que deben respetarse. En ambos casos, como cuando Jesús le dirá a Judas «Amigo, ¿por qué has venido?», entre las dos personas hay una crisis en la relación, algo que no va bien, un motivo de descontento respecto a cuando comenzó su colaboración.

¿Pero cómo comenzó esa relación? Este es un punto importante para comprender las palabras de Jesús a Judas. La relación surgió por iniciativa de quien ahora llama «amigo» al otro, una iniciativa que expresaba una elección, una especie de predilección, una llamada gratuita que ahora quien es llamado «amigo» parece no recordar o está traicionando. El hombre llamado a trabajar en la viña a primera hora del día olvida que estaba desempleado, que ese día se habría quedado sin trabajo y sin el salario justo de una jornada si el amo no lo hubiera llamado. Olvida que tuvo el privilegio de poder trabajar gracias al amo que lo buscó, lo vio sin trabajo y lo llamó a su viña.

El hombre invitado a las bodas del hijo del rey ha olvidado que no merecía esa invitación. Pero, sobre todo, no le ha dado la importancia que merecía. Aceptó porque quería comer y beber, pero no le importaban en absoluto las bodas del hijo del rey. Por eso acudió sin ponerse un traje adecuado para las bodas. Ha traicionado el privilegio que el rey le concedía gratuitamente, sin ningún mérito por su parte.

En definitiva, ninguno de estos dos hombres respondió de forma adecuada ni con gratitud a la llamada que recibieron. Fueron invitados por la benevolencia de un señor y de un rey, y en su respuesta olvidaron quién los llamaba y para qué los llamaba.

Esta falta de correspondencia entre la llamada y la respuesta se expresa también en el cuarto pasaje del Evangelio según San Mateo, que utiliza el término *hetairos*. Es cuando Jesús dice: “¿A quién compararé esta generación? Se asemeja a unos niños sentados en la plaza, que gritan [a sus compañeros] diciendo: “Hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; hemos entonado lamentaciones, y no habéis llorado”.” (Mt 11,16-17)

Aquí también: los traviesos llaman a sus «compañeros» invitándolos a responder a lo que proponen, pero los demás reaccionan de manera incoherente a la propuesta, o no reaccionan en absoluto: tocan una música festiva, y ellos no bailan; cantan una canción triste y ellos no se golpean el pecho para expresar contrición.

Hay como una decepción, por la falta de correspondencia con lo que se ofrece. Es como hacer un regalo a alguien y recibir una reacción indiferente o incluso hostil. Entendemos entonces que lo que realmente está en juego, detrás de las parábolas, es Cristo, que nos ha llamado a seguirle ofreciéndonos su amistad.